ditarán la torpeza del Juez, haciendo infructífera la acción judicial.

Un Juez de instrucción adquirirá mayor reputación de hábil á medida que con menor número de diligencias sepa conseguir el apetecido resultado, ó al menos, de no ser esto posible, evitar trámites inútiles y costosos.

Sólo podrá calificarse de bueno á un Juez de instrucción cuando sepa desentrañar el sentido de las declaraciones, reuniéndolas todas para formar el esqueleto del proceso, el cual no podremos calificar de sólido si se descuida alguno de estos elementos probatorios.

Desde que el proceso se inicia se tomará declaración á individuos que aseguraran haber oído por sí mismos ó á otros los detalles del hecho, y estos últimos, á su vez, hablarán al Juez de otras personas que también lo presenciaron, con todo lo cual se formará un encadenamiento de testimonios, cuyo complemento será la declaración pericial y las demás pruebas complementarias; practicadas las que, el sumario podrá ser terminado.

Como se ve, este procedimiento es sencillísimo en cuanto unos hechos son consecuencia lógica de los otros, en forma tal, que de no faltar un eslabón de la cadena, la verdad tiene forzosamente que descubrirse.

Aun cuando no pueda tacharse de negligente al Juez que, dejándose llevar por los acontecimientos y por la fuerza de los hechos, no obtiene resultados favorables, no obstante, es preciso reconocer que de haber puesto algo de su parte para variar el curso de éstos, quizá hubiera sido muy otro el término de la investigación.

No queremos con esto molestar á aquellos funcionarios judiciales que no son de nuestra opinión y que creen mejor el sistema de dejar que los hechos se encadenen por sí solos. Tan sólo les recordaremos que el juramento que prestaron al tomar posesión de su cargo de consagrar su